

Cine Popular

20 cts.



Matt Moore

Precios de Suscripción

ESPAÑA:
Un año. . . 10 ptas.
Seis meses. . . 5'50 "
EXTRANJERO:
Un año. . . 15 "
Seis meses. . . 8 "

Cine Popular

REVISTA
SEMANTAL
ILUSTRADA

Barcelona 29 de Octubre 1924

Año IV - Número 192

Redacción y Administración: Calle de Bar-
bará 15 - Apartado de
Correos número 925
- Teléfono 2753 A.

UN POCO DE CRITICA

LOS DRAMAS RURALES

Con mucha frecuencia, en los periódicos y en las esquinas de las calles, aparecen unos anuncios demasiado llamativos, de cosas cinematográficas, que nos hablan de la próxima proyección de un drama rural. Se insiste mucho en esto de lo rural,

con esa ingenua simplicidad del hombre de ciudad que simula estar enamorado del ruralismo, al que, en el fondo, no sólo desconoce, sino que juzga despectivamente como a algo inferior.

Sin embargo, no se sabe por qué rara ley psicológica se acude mucho a las proyecciones de esas películas que tienen de rural lo que cualquier habitante de Barcelona pueda tener de chino.

Pudiera ser que, como el hombre de ciudad es un ser cohibido por toda clase de conveniencias sociales, y en esos llamados dramas rurales se procura que triunfe el instinto, vayan a ver aquello que está tan lejos de su existencia como una reacción contra ésta y como un consuelo para la simulación en que de continuo viven. No obstante, juzgan aquel triunfo del instinto, que les consuela, como una cosa retrasada, de primitivos.

Es el mismo fenómeno que ocurre, especialmente, en el género chico del teatro. El hombre del pueblo triunfa siempre, o casi siempre. El señorito huye o tiene que huir corrido y derrotado. Todo el mundo aplaude este trastoque de la realidad. Y no es raro que los propios seño-

ritos, de quienes se supone haber hecho la caricatura, crean que aquello está muy bien.

El espectador atento no sabe qué pensar de todo esto. ¿Es una reacción contra el triunfo real de los señoritos, el aplau-

hombre de ciudad acude a verlos. Se juzga muy por encima de todo aquello, pero aplaude y cree que no se puede hacer nada mejor.

Quando después de una propaganda ruidosa de alguna obra de éstas acudimos a verla, nuestro desencanto es tan grande como justificado. Ni aquello puede ocurrir en el campo, ni las gentes del campo son de aquel modo, ni hay nada que valga la pena, ni como realidad ni como arte. Advertimos, sin embargo, que hay mucha gente entusiasmada. Esto no es nada más que una prueba del absoluto desconocimiento de los entusiastas acerca de aquello que les entusiasma.

El año pasado vimos un excelente drama rural. No gustó al público. El segundo día no fué nadie al local donde se proyectaba. Hace unos meses vimos una obra maestra de este género. Nos dicen que no ha habido empresario que quiera proyectarla. Estos, que miran las cosas desde el punto de vista del negocio, saben que esta obra, porque es buena, si es que han comprendido que es buena, cosa difícil, no habría de gustar. Tan maleado está el gusto del público y tan poca noción tiene de lo que vale y de lo que no vale.

Pero la culpa de este maleamiento la tienen aquellos supuestos dramas rurales tan anunciados, en los que no hay ni un adarme de arte ni de belleza verdadera. ¡ Sólo folletín de mal

NOVELA POPULAR
CINEMATOGRAFICA
publica esta semana el argumento de la interesante comedia

TONTOS Y RIQUEZAS

de la que es protagonista Herbert Rawlinson, el gran artista intérprete de

EL VENCEDOR
que ha sido uno de los más grandes éxitos de

NOVELA POPULAR
CINEMATOGRAFICA

Todos los que leyeron

EL VENCEDOR
leerán

TONTOS Y RIQUEZAS

so a lo contrario en las obras de ficción?

En los dramas rurales que se llevan a la pantalla, hechos generalmente en las ciudades y por hombres que no han estado nunca en el campo, se presentan las cosas de un modo absurdo. El

gusto y melodrama de peor gusto aún es lo que ofrecen!

Hemos visto estos días, en la sala propia de una casa de películas, un excelente drama rural. Una rara obra de arte de esta índole. Estamos seguros de que gustará, pero no por sus méritos mejores de realidad y de belleza, sino por la parte de intensidad que hay en su desarrollo, dramático en el más alto sentido. La carencia de este aspecto sería un fracaso.

Vale la pena de señalar el fenómeno, porque debido a él podría emprenderse una ruta que acabara con el folletín y el melodrama para dar paso a la vida rural verdadera. Ya que ésta en su simplicidad no tiene acepta-

ción en la pantalla, procurar presentarla en casos de intensidad dramática del más límpido rango. Esto atraería el interés que se lleva el melodrama falso y acabaría al fin por imponerse, no ya sólo en lo puramente dramático, sino que también en lo corriente y usual.

Probablemente entonces ya no surtirían tanto efecto los ruidosos anuncios de dramas rurales, que ni tienen nada de drama ni nada de rural, ni nada de nada. Que sólo tienen un falseamiento de todo para satisfacer a los poco exigentes espectadores de la ciudad que aplauden y se creen muy superiores a lo que aplauden.

ELOGIOS

De Fritzi Ridgeway

No recordamos haber visto nunca a esta artista de la pantalla. Ha sido, pues, para nosotros, el verla ahora, una revelación. Si acaso hemos asistido a la proyección de alguna película interpretada por ella, lo confesamos, su trabajo nos pasó desapercibido. Doble revelación, pues, el creer verla interpretar por vez primera y el comprobar que sabe hacerlo de un modo admirable.

En efecto, admirable es, en todos sentidos, la interpretación que esta artista realiza, de su papel, en la interesantísima obra de costumbres deportivas que lleva por título *El triunfo del honor* (1).

Un papel de mujer desgraciada, humilde, pero decidida, es el que le ha correspondido en esta obra. Desde su principio es fácil darse cuenta de que nos hallamos ante una artista capaz de dar relieve y categoría a su tra-

(1) El argumento de esta película extraordinaria, marca Joya Universal, lo publicará en breve *Novela Popular Cinematográfica*.

bajo, de infundirle ese rango artístico que sólo unas pocas estrellas privilegiadas pueden, con naturalidad, infundir.

Una diversidad de matices asombrosos bordan este papel. Ha de pasar la mujer que lo hace por un sin fin de situaciones espirituales en las que se ha de ir reflejando su alma, acechada de continuo por otra clase de impresiones diversas y contradictorias.

La esperanza, el desengaño, la forjación de ilusiones, el desencanto, la lucha por la vida y la preocupación por educar a un hermano, el amor que huye y que vuelve encarnado en otra persona, con menos intensidad, y que torna nuevamente en el hombre amado por vez primera; la vacilación, la incertidumbre, la duda, el dolor, todo eso tiene acabada interpretación en el trabajo excepcional que esta artista lleva a cabo, con una naturalidad y una sencillez realmente encantadoras.

No haber visto nunca el trabajo de esta artista, o no recordarlo, que es igual, y encontrarse con la grata sorpresa de una in-

terpretación tan acabada, es una extraordinaria revelación. Nos ha regalado un bello presente de arte.

Fritzi Ridgeway es una estrella de luz propia y muy refulgente. Trazamos aquí, con fervor, su elogio. Lo merece por completo.

La enseñanza por el cinematógrafo en Londres

Lord Gorell, presidente de la Englad Education Conference, acaba de ocuparse en una conferencia pública de la enseñanza por medio del cinematógrafo.

—Nuestro país está—dijo lord Gorell— quedando rezagado en cuanto se refiere a la instrucción por medio del cinematógrafo. Están probados los excelentes resultados que se han obtenido en las escuelas de los Estados Unidos.

»Sería irrazonable — agregó — que esperáramos de las empresas comerciales los films para esto. Oficialmente se ha de estimular y propulsar la enseñanza por el cinematógrafo.»

Lord Gorell informó que el comité que preside había formalizado un convenio con una fuerte casa productora inglesa para la realización de films educacionales.

* * *

Bajo los auspicios de la Solborne Society de Londres han empezado a darse clases cinematográficas en el University College de esa capital.

—Inició estas clases Mr. P. J. Ashton, secretario de la sociedad precitada. Exhibiéronse dos películas, una de educación física y otra industrial.

Desde el mes de marzo próximo 130 escuelas inglesas tendrán equipo cinematográfico, en Inglaterra. Débese mucho esto al decidido apoyo del príncipe de Gales, que considera que el gobierno debe prestar su ayuda a la industria cinematográfica y a la enseñanza por medio del cinematógrafo.

Cuentos de "Cine Popular"

Sepultada en el mar

Octavio se retiró a su cuarto más temprano que nunca aquel día.

Sentía la necesidad del descanso; pero, más que nada, deseaba estar solo.

Cerró cuidadosamente la puerta como para que nadie lo interrumpiera, y, ya a solas con su imaginación y sus pensamientos, sacó un lápiz del bolsillo, tomó una hoja de papel, arrancada del primer cuaderno que encontró a mano, y apoyando ésta en un libro, se puso a trazar sobre ella unas líneas.

A menudo se detenía, como para concentrar en su imaginación la figura que intentaba reproducir, y luego, a medida que avanzaba en su trabajo, sonreía satisfecho, al contemplar el resultado del mismo.

Era una cara de Libia, que había visto por vez primera en la mañana de aquel día; pero que se le había quedado impresa para siempre.

Fielmente, con todos sus detalles y con su exacta expresión, pudo contemplarla al cabo de unos momentos.

La colocó, cuidadoso, en un olvidado marco, que no poco trabajo le costó encontrar entre libros, papeles y revistas, y en el cual se hallaba colocada una imagen, retrato, de otra joven a quien en un tiempo hiciera Octavio la corte, obteniendo de ella este presente demostrativo. El retrato este quedó sepultado entre los papeles aquellos, que tal vez algún día irían a pagar sus culpas a las llamas de alguna hoguera.

Ya en marco su dibujo, su buen retrato de la mujer a quien amaba, Octavio lo contempló de nuevo, le habló muchas veces, le

preguntó si vería su amor correspondido, y, cual si presintiera el sí que de aquellos labios brotaría, lo oprimió contra su corazón, reteniéndolo así breves momentos.

Después se dió a planear el modo con que al padre de Libia había de dirigirse para solicitar su consentimiento a las relaciones de él con su hija.

Una nube de tristeza pasó en aquellos instantes por su mente.

Libia era rica y él pobre. Tenía ansias de gloria y deseos vehementísimos de terminar su carrera, para dedicarse a la práctica de los conocimientos que, por años constantes de experimentos y estudios, iba adquiriendo; pero, por el momento, ¿quién era? ¿quién estaba dentro de él para cerciorarse de sus deseos de grandeza y de su fe en el porvenir?

El mundo, a veces, es injusto, y Octavio así lo pensó cuando se decidió a dar su primer paso en favor de sus aspiraciones, muy legítimas en este sentido; pero muy difíciles de realizar

por las llamadas inconveniencias sociales, que seguramente el padre de Libia le presentaría.

Así fué, en efecto. Después de obtenido de Libia el ansiado sí con que Octavio tantas veces había soñado después de haber jurado, a ésta, una fidelidad eterna, que ni largas contradicciones ni aun la muerte pudiera destruir; después de haber escuchado, de parte de Libia, análogas protestas de amor, Octavio, con el corazón henchido de esperanza y revestida su alma de fortaleza, a la vez que sumergida en un mar de ilusiones cuyas olas únicas bravías eran las de una negación que, aunque no esperaba, temía recibir, se dirigió al padre de Libia, obteniendo de éste, hombre inflexible para quien lo que no fuese una operación monetaria no tenía valor alguno, la más enérgica e inapelable de las negativas.

No desmayó, sin embargo. Triste, pero no decepcionado, se dedicó, con más ahinco que nunca, a la continuación de sus estudios. Ya éstos finalizaban.

Sus amores con Libia habían adelantado también bastante. Eran, para los dos, un culto.

Así transcurrieron algunos meses. Pacientemente esperaban uno y otra a que, o el padre de Libia, a quien no se ocultaba la pasión de su hija por el estudiante, cejara en su terquedad, o terminara Octavio su carrera, para, en el ejercicio de la misma, colocarse en una posición con la de la joven de sus aspiraciones compatible.

La fatalidad, sin embargo, parecía empeñarse en que, ni aun en ilusión, gozaran estos jóvenes de ventura alguna. Ni aun acibarada por la realidad de las cir-

DEPILATORIO BORDELL



cunstances podían ellos gustar de esperanza de ninguna clase.

Así, al menos, se encargaron de demostrarlo los acontecimientos.

Rodolfo, gallardo marino que a los puertos de aquel país hacía continuos viajes, llegó al de aquella ciudad en que habitaba Libia, precisamente en los días en que el padre de ésta, pretextando necesidades del negocio, proyectaba un viaje a muy lejanas costas.

Para una de ellas partía el buque de Rodolfo días después de su llegada.

Para partir en este mismo buque, sacó, sin que ella se enterara, pasaje el padre de Libia.

Y en él partió, quedando Octavio sumido en la más horrible de las desesperaciones.

Dos días de navegación. Octavio, en su cuarto de estudiante, permanecía tirado, lloroso, abatido por primera vez en su vida.

Sobrevino, en estas circunstancias, una grave e inesperada dolencia del padre de Libia. Este vió acercarse sus últimos momentos.

El capitán, siempre afectuoso, siempre solícito, siempre dispuesto a agradar a Libia, contribuyó, personalmente, a prodigar cuidados al enfermo.

Este se sentía cada vez más mal. Libia fué llamada por el enfermo. Pidió, en un esfuerzo, a su hija, que se casara con el capitán Rodolfo, y después de obtener de ésta, a quien el dolor hacía inconsciente casi de sus actos, promesa seria de que cumpliría aquella su última voluntad, esperó tranquilo que la muerte cortara de repente el hilo de su existencia.

No fué así, sin embargo. La rápida actuación del médico de a bordo impidió que aquel momentáneo ataque tuviera fatales consecuencias. De otros también rebasó el anciano.

Pero Libia, a pesar de su juventud y de su fortaleza, se había herido para siempre.

Entregar su corazón a otro hombre era, para ella, peor que perder la vida.

Octavio, sin noticia alguna de

su amada, había casi perdido la fe.

Las bodas de Libia se prepararon rápidamente. Dos días faltaban para que llegase el señalado para unir sus destinos ante el capellán del buque, el capitán Rodolfo y la joven Libia.

Su padre la había amonestado seriamente. Le había recordado su formal promesa de unir sus destinos a los de aquel hombre, hecha a la cabecera de su cama, en momentos en que, según todos, se encontraba él moribundo. Y pensó en Octavio. Y un suspiro, hondo como un dolor, prolongado como lo habían sido su amor y su pena, se escapó de su pecho, haciendo estremecer, ligeramente, a aquel padre duro, inflexible, que no tenía inconveniente en sacrificar su hija a las conveniencias de una posición y un nombre.

El ligero estremecimiento se convirtió en actitud de terror al ver a Libia, pálida, caer exánime a sus pies.

El médico, como lo había sido antes para él, fué llamado instantáneamente.

Pero no fueron sus esfuerzos de tanta utilidad. Únicamente para confirmar la fatal sospecha que ya el padre tenía, sirvieron en aquellos momentos.

Hizo, en aquel corazón joven, la profundidad de una pena, lo que no había hecho la angina de pecho en el del anciano.

Siete días faltaban para la llegada del buque al puerto de destino.

Libia, pues, tenía abierta para ella una tumba inmensa; tan inmensa como profunda y desconocida: la extensión del mar.

A él fué arrojada, en una noche sombría, acabado de hundir-

se el sol en occidente; cuando no se sentía, como señales de vida en todos los contornos, más que el rugido de las olas, que iban a romperse contra el costado del buque.

A esa hora, rendido por la fatiga, se había dormido Octavio, tirado en el pobre lecho de su cuarto de estudiante.

Un ruido extraño, algo así como el chasquido de un cuerpo al caer al agua, le hizo despertar sobresaltado.

Miró a lo lejos; desde su ventana se divisaba el mar. Le pareció el horizonte muy negro; tan negro que lejos de aquella costa parecía desatarse todo en terrible huracán.

Así, en aquellos momentos, vió su vida. Pensó en su amada, tomó de la cómoda su retrato, y, así, pensando no se sabe en qué, y temiendo sabe Dios qué cosa, lanzó, en la soledad de aquella estancia, una terrible carcajada.

La de la razón extraviada por el dolor.

Libia había hallado, por breves momentos, descanso en el fondo de los mares.

Después su cuerpo sirvió, durante algunos minutos, de pasto a gran número de cetáceos.

Y en el buque, que para que arrojaran el cadáver detuvo por un momento su marcha, y luego rápidamente se alejó, soñaba en delirio febril, un anciano con que asistía, en el fondo del mar, a un macabro festín...



No pase sin leer detenidamente nuestras columnas de información recibida directamente para esta revista

PROXIMAMENTE

grandes reformas en esta publicación. En lo sucesivo CINE POPULAR publicará extensas y detalladas informaciones de

Teatros y Music-halls

Amenidades, Secretos de tocador y originales Concursos

Cinegráficas

En «La Dama» de la Talmadge

Jorge Hackathorne hará el papel del hijo en la cinta *La Dama* que Norma Talmadge va a hacer para la «First National». Buster Collier, a quien se había asignado antes ese papel, no pudo hacerlo a causa de su contrato con los hermanos Warner. Frank Borzage es el director de esta cinta.

Pronto se comenzará la filmación de la película «Un año de vida».

Edwin Carewe espera comenzar pronto los trabajos para la producción del melodrama fantástico de John Hunter, *Un año de vida*. En estos momentos, Carewe está atareadísimo cortando y revisando su última cinta *Madona Callejera*, en que la Nazimova aparece otra vez en la pantalla después de una ausencia de dos años.

Para la película «Sandra»

Nina y Duval, los famosos intérpretes de la Danza de los Apaches, han sido tomados temporalmente de la opereta *La muchacha en Gingham* para la producción de la cinta *Sandra*, de Sawvey Lubin, en que Bárbara La Marr será la estrella.

Con el traje extravagante de los apaches de París, la pareja baila tres distintos bailes llenos de movimiento y colorido, en esta cinta que se está haciendo en Nueva York bajo la dirección de Arturo Sawyer.

Un papel interesante

Percy Marmont tiene un papel enteramente nuevo en la cinta de Tomas H. Ince *Lenguas ociosas* que será presentada al público próximamente.

En este drama cinematográfico, tomado de la novela *Doctor Nye*, de José Lincoln, Marmont es víctima de la much-

dumbre que lo apalea, lo arrastra por las calles y al fin lo deja por muerto.

Los muchos admiradores de Marmont esperan ansiosos la oportunidad de verlo en el papel del heroico doctor a quien tanto maltratan.

De la escena hablada

Lo que dicen las grandes autoridades teatrales de España

DE JOSE LOPEZ SILVA

Yo he creado con éxito en España un género literario basado en las costumbres del pueblo bajo madrileño, en forma de diálogos, dentro de los cuales hay siempre la esencia del sainete.

Algunas obras aplaudidas de un colega mío, están inspiradas, precisamente, en esos diálogos.

De esos diálogos han surgido sainetes como *La Revoltosa*, *La Chavala*, *El alma del pueblo* y otros que han recorrido con éxito los escenarios del habla española.

DE RAMON PENA

Creo que hay un resurgimiento muy franco en España de la música y la zarzuela. Aquella surge en el entusiasmo del público y la otra revive y se manifiesta intensa y emocional en el tablado.

El público español quiere la zarzuela española y no acepta traducciones de operetas, aunque sean de las mejores firmas. Quiere asuntos españoles que reanuncien el sentir de un pueblo.

Pero nunca ha existido en España tanto entusiasmo por la música como ahora. Los grandes conciertos sinfónicos que se realizan absorben buena parte del público, y ello es bueno porque nos educa los oídos y con ellos el alma.

DE MARY ISAURA

Yo, que he tenido la fortuna de crear a *Doña Francisquita*, sé lo española que es esa música.

Vives ha revivido la zarzuela, la verdadera zarzuela, la que es algo de España. Tiene la música española muy buenos cultores, pero quien sea más español que Vives no hay.

Vives ha sabido ir hasta la raíz de la raza para buscar la esencia de su música tan española como sentimental y tan intensa como fuerte.

DE MIGUEL FLETA

Mis primeros entusiasmos por el arte lírico se los debo al tenor Schippa. Yo le escuchaba con atención y luego me iba a mi casa a tratar de imitarlo y empezaba a repetir «fa» y luego «sol», vocalizando repetidas veces hasta que me quedaba extenuado, abatido e irritada mi garganta. Pero debo a esta tenacidad mi primer aprendizaje. Luego estudié con ahinco en el Liceo de Barcelona, y nada más.

Es difícil saber qué obra canto con más cariño, o creo que todas. Pero tiene *Tosca* para mí algo que me sugestióna.

Romeo y Julieta

Una de las más poderosas empresas cinematográficas ha enviado a Lillian Gish, perfectamente conocida nuestra, y al actor Dick Barthelmess, también aplaudido por su actuación en *Capullos rotos* (la obra maestra de Griffith desempeñada maravillosamente por los dos artistas mencionados) para que filmen *Romeo y Julieta* en Verona, en los mismos sitios donde la imaginación de Shakespeare hizo vivir tan intensamente a los célebres amantes.

Tontos y Riquezas

Después de *El Vencedor*, que es una de las comedias mejores que nos ha ofrecido en la presente temporada la «Universal», he aquí que nos presenta de nuevo al protagonista de aquella obra, Herbart Rawlinson, gran artista de la pantalla, que no tardará en ser uno de los más preferidos del público, en otra comedia admirable: en *Tontos y riquezas*, que, cuando se estrene, merecerá los aplausos de cuantos asistían a los espectáculos cinematográficos.

Tontos y riquezas es una perfecta comedia de costumbres americanas. Digamos ante todo que aunque la obra no fuese buena, quedaría elevada a categoría de serlo por el trabajo de su protagonista, de Rawlinson.

Tan artista es este actor que su solo trabajo de interpretación basta para dar rango a una película, en el supuesto de que ésta no lo tuviere.

Afortunadamente, en *Tontos y riquezas* no ocurre esto. La obra es buena. El trabajo del intérprete no hace nada más que

ofrecer mejor y más claramente sus méritos.

Se trata, como hemos dicho, de una perfecta comedia de costumbres americanas. Pero, con la novedad de ostentar una originalidad poco común.

En *El Vencedor* hay, primero, la vida apurada de esas criaturas que no tienen medios de vida y no saben qué podrían hacer para resolver su situación. Viene, después, la decisión de un hombre que, si para él solo es incapaz de ímpetu, para que una mujer no sufra los rigores de la escasez, acciona con energía imprevista y asombrosa.

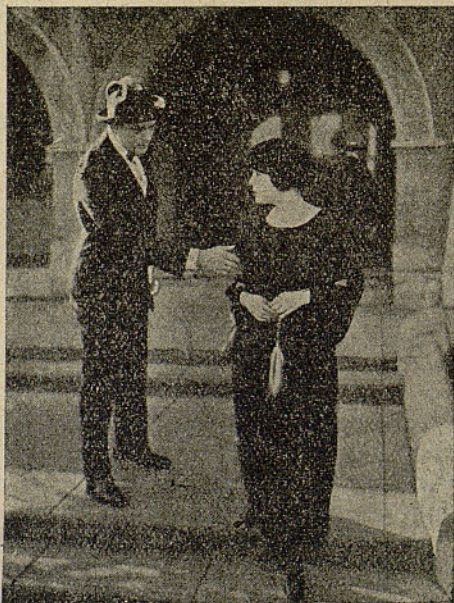
Viene luego la vida de hotel, las visitas a las casas de compra-venta, el trabajo manual sin costumbre de ello, la alegría sana de haber resuelto el problema sin recurrir a nadie y otro sin fin de gradaciones admirables y muy bien vistas de la lucha por la existencia.

Más tarde, el hombre que se revela contra la grosería por limpieza de ánimo, por nobleza natural y, como consecuencia, la

entrada en la vida deportiva, que, por esfuerzo e ímpetu, ofrece ganancias más pingües que el trabajo, con las cuales todo marcha mejor.

Intercalado con esto, unas escenas singulares de la poca distinción de los que devienen de pronto millonarios, frente a quien por herencia es la distinción personificada. La caída en la ruina de éste, hace al fin que compartan muchas de las costumbres llanas del otro. Sobre todo, poco antes del final de la obra, asistiendo a un match de boxeo, los dos hombres se confunden en un mismo entusiasmo.

Hay también una hija del millonario, remilgada y cursi, que es un acierto del director de la obra. Si se la compara con la otra joven que interviene en la película, sencilla y natural, que es la que empuja al protagonista a accionar de modo tan admirable e ímpetuoso, resulta aun más el contraste. Son dos tipos femeninos opuestos que ofrecen casi íntegra la interpretación de las dos clases en que pueden ser



Actores y películas

divididas las mujeres, como asimismo los hombres.

Durante el desarrollo, unas breves escenas de amor, delicadas y matizadas, el cual, como es lógico, triunfa al final de un modo rotundo.

Extrañará, acaso, que hayamos dedicado tanto espacio a *El Vencedor* para hablar de *Tontos y riquezas*. Tiene su explicación. Es que *Tontos y riquezas* es casi todo lo contrario. Y sólo viendo esta obra después de la otra, podrá advertirse todo el arte del intérprete, de Rawlinson. Allí era primero la pobreza; luego, si no la riqueza, la ausencia de apuros. Aquí es primero la riqueza y luego la ruína, aunque por breve tiempo. También aquí hay dos tipos de mujer: una, tipo de mujer de rapiña y otra, serena, belleza tranquila y reflexiva. Pero así como allí la preferencia era por la mujer sencilla, aquí es por la perversa, aunque al fin la sencilla gana la victoria.

Hay también, más evidente, en *Tontos y riquezas*, la lucha por el dinero. Escenas admirables presentan en toda su desnudez algunos aspectos de esa lu-

cha, y la obra, cuyo argumento no puede ser más bien hecho, va desarrollándose de modo que no deja distraer la atención del espectador.

Hay también en *Tontos y riquezas* un hombre devenido millonario, pero es la viva representación del tipo opuesto al millonario de la otra obra.

Hemos hecho este paralelo entre *El Vencedor* y *Tontos y riquezas* para mostrar la originalidad de ambas obras, en las cuales Rawlinson es el protagonista, y para que, los que hayan visto la primera se apresuren a ver esta otra. Siempre es mejor esto que contar su argumento, cosa que, en obras de esta índole resulta inadecuado, pues es algo que, para darse cuenta de su mérito, tiene que ser visto.

Sólo nos resta decir que felicitamos a la «Universal» por el acierto con que ha sabido procurar que Rawlinson nos ofrezca, en dos obras distintas los distintos matices de su temperamento de artista.

Quién haya visto *El Vencedor* y vea *Tontos y riquezas* lo comprobará.

William Desmond en una nueva película

William Desmond se ha rodeado en su nueva película *Good Bye* de muchas de las antiguas estrellas. Esta es una cinta «Universal» dirigida por Arthur Rosson. La artista encargada del papel principal femenino es Margaret Clayton, que era la dama principal de Broncho Billy Anderson, en el tiempo de Essenay, cuando hizo su primera película de vaqueros. Otra artista favorita en aquellos tiempos es Ruth Stonchouse, que también trabajará en la película de Desmond, y otro veterano del teatro y la pantalla es Francis Ford, que recientemente ha estado representando papeles de carácter.

Ford fué un actor de teatro durante muchos años antes de entrar en el cine, que fué inmediatamente después de construirse los primeros estudios en Los Angeles.

Herido en el hospital

Reginal Denny se encuentra en el hospital todo lleno de vendajes de resultas de una patinada demasiado real.

En su última película titulada *Oh, doctor!* apareció el artista corriendo a gran velocidad en una motocicleta; pero Denny, que se negó a que un «extra» pasara por él insistió en hacer la escena él mismo, con la mala suerte que cayó de costado y la cara contra el suelo. Se hirió malamente y ahora se encuentra en el hospital con vendas y ungüentos en la mayor parte del cuerpo.

La película *Oh, doctor!* es la historia de un joven hipocondríaco que reniega de los doctores y los tratamientos para emociones fuertes, con resultados cómicos sorprendentes. La artista que trabaja con Denny en esta película es la angelical Mary Astor.

¡ACABA DE PUBLICARSE!

RADIOTELEFONIA PARA TODOS

Manual del radio-escucha y del constructor de estaciones de T. S. H. por el Director de la Escuela de Ingenieros Electricistas de Weimar,
W. E. EZKARDT

Esta obra enseña sin necesidad de ningún conocimiento previo a construir y utilizar por sí mismo, con un coste reducido, una magnífica estación receptora : de T. S. H. :

Precio del ejemplar **0'75 PTS.**

La mendiga de San Sulpicio

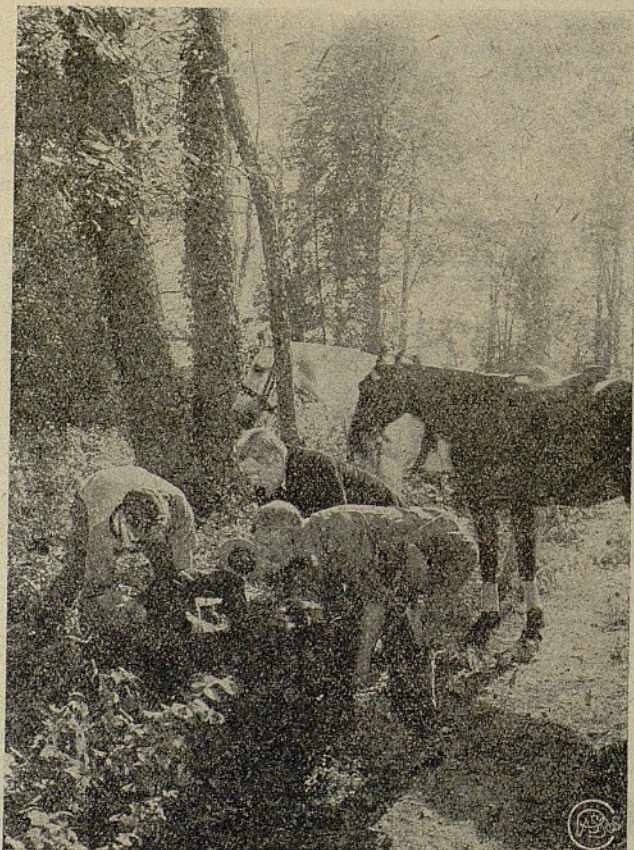
En los primeros días del mes de septiembre de 1870, Gilberto Rollin, tipo representativo del vividor, que ha logrado entrar en la honorable familia del conde d'Areynes casándose con la sobrina de éste, Henriette, cuya dote ha consumido en poco menos de tres años, obtiene, gracias al apoyo de su tío, una plaza de jefe de personal en un establecimiento fabril donde presta servicios como contra maestro un individuo poco recomendable llamado Servando Duplat.

Durante las trágicas jornadas de esta época tan dolorosa para Francia, la invasión de Lorena por el enemigo afectó vivamente al conde d'Areynes has-

ta el punto de hacerle caer víctima de un ataque de parálisis en su castillo de Fenestrange, situado en la región conquistada por las tropas alemanas.

Al tener noticia de la gravedad del conde, su sobrino, el abate d'Areynes, visita a su prima Henriette para decidirla a que le acompañe a Fenestrange, ya que, como únicos herederos del conde, tienen la obligación de acudir al lado del enfermo. Pero los peligros del viaje, agravados por la esperanza de una próxima maternidad, impiden la partida de Henriette, y el abate emprende solo la marcha.

Encargado por el cuerpo diplomático de un mensaje secreto para el Canciller de Hierro,



el abate d'Areynes obtiene un salvoconducto que le permite llegar al castillo de su tío, al que encuentra muy mejorado gracias a la asistencia de un buen médico de campaña.

Concluye la guerra, y en los primeros días del armisticio, el abate regresa a París llevando una copia del testamento que el conde ha escrito inspirándose en los sabios consejos de su sobrino.

La revolución estalla entonces ensangrentando las calles de París, y, temiendo el bombardeo, Henriette desciende a la cueva de su casa, donde da a luz un niño que muere a poco de nacer. Esta desgracia aterra a Gilberto Rollin, porque el

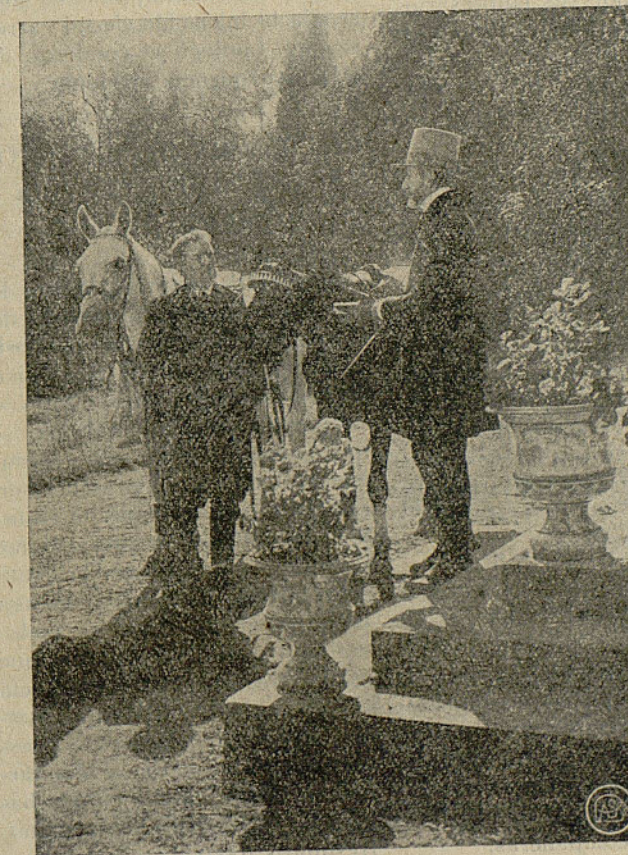
mujer y por su hijo, llega a casa de la esposa de Pablo Rivat, en la que una granada de los revolucionarios ha provocado un incendio. De pronto oye pasos y se esconde y, al poco, ve a Servando Duplat que sale llevando un envoltorio cogido en el lecho de Juana. Convencido de que acaba de asistir a un heroico salvamento, el abate coge en sus brazos a la desvanecida madre, y se dispone a ganar la calle, cuando súbitamente estalla un obús y el abate cae herido.

Mientras tanto, Servando regresa al lado de Gilberto, al que sorprende mostrándole dos gemelos. Pero Rollin no necesita más que un niño, y a la mañana siguiente Duplat se presenta en

la alcaldía con el otro hijo de la infeliz Juana, y declara que en medio del bombardeo del día anterior ha encontrado al recién nacido cerca de una mujer muerta cuyo nombre ignora.

Seguro ya de no perder la herencia del Conde, Rollin piensa en suprimir a su cómplice al que supone escondido en casa de la planchadora Paulina, amiga de Servando. Con este objeto escribe un anónimo al comisario denunciando a Duplat como autor de actos de terrorismo durante la revolución. La denuncia anónima surte su efecto, y Servando, detenido por la policía, es enviado a presidio.

(Concluirá)



Informaciones de "Cine Popular"

Pola Negri se casa con Charlot

Su vida. — Sus primeros tiempos. — Los éxitos de su carrera y otros datos.

Pola Negri y Carlitos Chaplin —los actores más populares hoy de la pantalla — contraerán enlace. Después de haber corrido la noticia de su compromiso por el mundo, fué desmentida y, por último, confirmada por los mismos interesados. Hace algún tiempo el telégrafo anunció una ruptura... Pocos días ha, se anunció la reconciliación. En fin, el compromiso queda en pie. ¿Estos tira y afloja del cable tienen por finalidad la propaganda de sus trabajos cinematográficos? También se dijo que la enfermedad de Wallace Reid era inventada por sus empresarios; tal vez ni Carlitos ni Pola Negri necesitan más popularidad de la que tienen y que lo que ocurre se deba al celo de los corresponsales.

Pola Negri forma parte, según es notorio, del elenco de la Paramount. Asediada, al llegar a Estados Unidos, por los reporteros yanquis, la famosa actriz polaca ha contado su accidentada vida, poniendo al corriente al público de us mayores emociones, de sus penas, de sus ilusiones y desfallecimientos, y de todo cuanto se refiere a su triunfal carrera. Extractamos los párrafos más interesantes de esas declaraciones:

SU INFANCIA

Desde el banco de la escuela sintió la vocación por la escena. Las maestras tuvieron que aplicarle penitencias porque no sólo se distraía, danzando o recitando, en sus estudios, sino que distraía a sus compañeras.

Cuando abandonó la escuela se trasladó a Petrogrado con la firme resolución de hacerse bailarina. Tuvo que renunciar a sus deseos pues, no contaba con la imprescindible robustez física, según le declararon los profesores de la Escuela Imperial de Danzas.

EL DEBUT

Volvió desconsolada a Varsovia, pero la idea del teatro no se apartaba de su mente, y así, venciendo resistencias de todo orden, apareció ante el público la noche del 13 de Octubre de 1913. Esa fué la noche más importante de mi vida, ha dicho, la afortunada estrella, pues no sólo señala la iniciación de mi carrera sino también el comienzo de mi independencia económica.

UNA NOCHE DE TRIUNFO, Y LOS PARIENTES QUE VUELVEN...

Ignorando completamente lo que hacía, casi en un estado de inconsciencia, aparecía por primera vez como actriz dramática en el Kleines Theatre. Así hice mi papel hasta el final. No sé qué sucedió, pero es el caso, que reclamaron mi presencia en el palco escénico y fué un triunfo para mí. El empresario me felicitó, me predijo un brillante porvenir, mi madre me abrazaba llorando, riendo ¡qué sé yo!... y al siguiente, los parientes que no nos frecuentaban desde hacía mucho tiempo, y a los que nunca recurrimos, a pesar de nuestra pobreza, vinieron a felicitarme, trayendo los diarios que hablaban de mi éxito en la mano, fresquitos todavía.

UNA FRASE DE OSCAR WILDE

Recuerdo haber leído en un libro de Oscar Wilde, dice Pola Negri, lo siguiente: hay dos tragedias en la vida: una, es la de no obtener lo que se sueña y otra, la de alcanzar, precisamente, eso. Y agrega Oscar Wilde que esta última es la peor.

Mi tragedia, fué luego, esta última. Si no había obtenido todo lo que había soñado en la vida, por lo menos mis sueños de triunfos artísticos se habían realizado, y había sido más afortunada aún de lo que yo misma esperaba.

El año de contrato en el Kleines Theatre, fué un año de trabajo duro y difícil. Tenía que asistir diariamente a los ensayos a las diez y trabajar todas las noches ante el público. Mi madre no se separaba de mi lado; me acompañaba de casa al teatro, y viceversa.

EL CINEMATÓGRAFO LE DA POPULARIDAD UNIVERSAL

Por consejos del crítico dramático Norbert Falk, uno de los más autorizados de Berlín, a principios de 1918, tuve una entrevista con Mr. Davidson, el director de la U. F. A., y acepté en esa ocasión hacerme cargo del papel de Madame Dubarry, la célebre favorita de Luis XIV. Davidson no tenía fe en ese film histórico de tema francés, y muy poca en mi interpretación, pero Falk insistió y el film se impresionó en los tenebrosos días de 1919, en los meses que siguieron a la revolución. Ese film dió una fortuna a los editores y labró mi popularidad universal.

Las grandes películas

La Noche del Sábado

Que el talento y el genio pueden suplir ventajosamente a la experiencia y las enseñanzas que hayamos podido tener, se demuestra fácilmente en la concepción de este drama sensacional en que Cecil B. de Mille que tiene un hogar feliz nos demuestra cómo son los hogares desdichados de las parejas que se unen con desigualdad de criterio, de educación y de atavismo.

La especularidad es una condicional indispensable en toda producción que hace el maestro del drama social Cecil B. de Mille y por esta causa, toda persona amante de lo bello gusta de esas producciones en que todas las artes tienen su expresión.

El argumento parece quizás un tanto audaz, porque nos cuenta que una señorita rica y bien educada quedó fascinada por un acto de heroísmo de su chauffeur y llegó hasta el extremo de casarse con él, y luego, sucedió, lo que era natural que ocurriera, que Iris, que era el nombre de la muchacha, se vió agobiada por los quehaceres domésticos y en su fuero interno se arrepentía de haberse dejado llevar por el encanto que en ella producía aquella esbelta figura de su chauffeur, al pie de la portezuela de su auto, y tocándose respetuosamente la gorra y oprimiendo disimuladamente la mano de ella cuando se presentaba ocasión. Ciertamente que como chauffeur no había otro que pudiera comparársele, por lo refinado y digno, corpulento y elegante, pero, cuando perdió aquel destino en que el tío de Iris le mantenía tan bien trajeado y tuvo que aparecer ante ella como un hombre pobre es en su vida privada, a veces algo des-

preocupado en el vestir y otras agobiado por las preocupaciones, se deshizo la ilusión y comenzaron los malos ratos que culminaron en los acontecimientos tan sorprendentes que ocurren en el desenlace de este drama espectacular de Cecil de Mille, que presenta nuevamente a Leatrice Joy, la heroína de «Homicidio» en una producción que le da renombre y fama.

Y si cierto es que Leatrice Joy nuevamente encantará a nuestro público con esta creación suya, es también verdad que Conrad Nagel, el actor del tipo romántico que tan gloriosamente actúa en «Un mentido paraíso» tiene también un papel sumamente sensacional, dado que hastiado de la sociedad y de la ficción de la vida que llevaba, cuando encontró una mujer sincera que supo amarle con toda la fuerza de su corazón, descansó su fatiga en aquel cariño implícito y encontró una nueva vida que él jamás había conocido. Ese amor, que la hija de la lavandera de su hermana inspiró a este hombre, perduró eternamente y ellos fueron felices a pesar de todo, por lo cual es necesario pensar si se habrá querido decir que los matrimonios desiguales son fracasos solamente cuando es el hombre el que mantiene un nivel inferior al de la mujer, o si con todo lo que en este drama se expone se habrá querido dar a entender que en todos momentos se debe tener en consideración el medio ambiente y las condiciones de cada cual para decidirse a una unión que durará toda la vida.

Las escenas en la elegante residencia de Iris, el emocionante momento en que milagrosamente se salva la heroína de una muerte segura: la maldita ca-

sualidad que los mantuvo durante toda una noche en lo alto de una rueda giratoria y que les hizo aparecer culpables a los ojos del mundo; todo cuanto en esta película significa emocionalismo sensacional está revestido de esta técnica maravillosa de que se hace gala en estas películas especiales que presenta Fausto en sus noches de gala.

Y no es solamente porque Leatrice Joy es la heroína por lo que resulta tan interesante el reparto de esta producción, sino porque Conrad Nagel es el héroe romántico, y Jack Mower, sin ser un villano aparece en momentos como tal, y Edith Roberts, Julia Faye y Lilian Leighton también aparecen en interesantes escenas, completándose tan excelente conjunto con Theodoro Roberts, el actor característico que con tantas simpatías cuenta en Cuba.

Escenas que se han tomado en Coney Island son del mayor atractivo y sabemos que todos los fanáticos las considerarán como algo que contribuye grandemente a enaltecer esta película que ofrecemos en la plena seguridad de que será del entero agrado del público.

Jackie Coogan descansará

¿Saben nuestros lectores que Jackie Coogan tiene la intención de descansar a la vuelta de su viaje a Europa? El «kid» pasará unos meses en su rancho.

Como el príncipe de Gales, el pequeño artista posee una granja magnífica en el corazón de Sierra Nevada (Estados Unidos) y es propietario de un sinnúmero de cabezas de ganado.

El cine y sus secretos

Algunas consideraciones sobre la adaptación de obras literarias a la pantalla

«Es inegable que existe la tendencia de escatimar elogios al adaptador de obras literarias a la pantalla cinematográfica. cuando ve una buena película, Es preciso que el público sepa, que una gran parte de su buen éxito se debe precisamente al adaptador, de quien el público ni siquiera se preocupa de averiguar el nombre.»

Así me habló recientemente William de Mille, director de varias notables películas de la Paramount, cuando fui a verle en el estudio cinematográfico de esta empresa. Mr. de Mille hablaba en defensa de Clara Beranger, quien durante los dos últimos años ha adaptado todas las películas que el director ha llevado a la pantalla.

«El argumentista o adaptador se ve constantemente olvidado por el público—me dijo Mr. de Mille. — En el teatro hablado, por ejemplo, el autor recibe los aplausos del público, si éste aprueba su obra. En cambio, en la escena cinematográfica, nadie se acuerda del argumento aunque la película sea la mejor del mundo. En el teatro hablado, como es natural, el autor de la obra sufre también las consecuencias directamente si ésta no resulta del agrado del público. En el cinematógrafo, el director de la película es el que carga con la responsabilidad del buen éxito o del fracaso. A veces, sin embargo, el director descarga la responsabilidad del fracaso sobre los hombros del argumentista o adaptador.

«En el gran Congreso de las Artes del Cinema que se celebró recientemente en Nueva York, los autores de argumentos tuvieron por primera vez oportunidad de exponer claramente, sin embajes ni rodeos, sus puntos de vista acerca de su profesión, y, digámoslo claro, sus quejas con-

tra los que se niegan a concederles el mérito que otros se les atribuyen y a ellos se les niega.

«Clara Beranger, autora de las adaptaciones y «continuadas» de todas las películas que yo dirijo, ha producido adaptaciones verdaderamente notabilísimas. El público recordará aun con gusto las películas *Buena gente*, *La gardenia acusadora*, *El derecho a amar* y *El fauno casamentero*, todas ellas adaptadas por la señora Beranger con una fidelidad tan grande al original, que en muchas ocasiones le ha valido los plácemes del autor. En algunos casos la adaptadora se veía obligada a dar un giro completamente distinto a la acción de la novela, pero conservando toda la fuerza de carácter del original. Las adaptaciones de la señora Beranger parecen obras escritas especialmente para el director, pues éste no tiene que cambiar absolutamente nada del manuscrito, sino impresionar escena tras escena ajustándose a la continuidad trazada por ella de antemano.

«Considero injusto que no se dé a mi inteligente colaboradora el aplauso que se merece por sus admirables trabajos de adaptación y continuidad, pues tengo la completa seguridad de que sin ellos, muchas de las novelas que han sido llevadas últimamente a la pantalla, jamás hubieran podido ser adaptadas. Jamás he recibido una queja de un autor acerca del trabajo de adaptación de la señora Beranger; en cambio son muchas las cartas que constantemente recibo dándole las gracias por la fidelidad con que la adaptadora llevó sus obras a la pantalla, conservando incólume el pensamiento original.

«Más del cincuenta por ciento de las adulteraciones que ve-

mos en la pantalla de obras conocidas, se deben a que la mayor parte de los adaptadores pecan de excesivamente prolijos, con el resultado de que la mayoría de las películas tienen una extensión de doce rollos en vez de cinco o seis. Estos doce rollos tienen que condensarse en seis, lo cual no puede hacerse con la misma facilidad después de estar la película impresionada que antes, esto es, en la continuidad. En los argumentos escritos por Clara Beranger muy rara vez hay que eliminar escenas, y la película resulta con la extensión necesaria, economizándose de esta manera una cantidad enorme de tiempo, trabajo y dinero.

«La creencia de que el adaptador es meramente el dactilógrafo del director, no es válida en la actualidad. El adaptador debe trabajar por cuenta propia. El hecho de que yo sea autor dramático, me hace apreciar esta circunstancia doblemente.

«Tengo la completa seguridad de que en un plazo no lejano, el público reconocerá los méritos que poseen las películas a las cuales puede darse con justicia el calificativo de verdaderos fotodramas. Hasta que el público no se acostumbre a dar crédito al que con justicia lo merece, el desarrollo del arte cinematográfico será lento. Y nadie mejor que el adaptador o argumentista es el que merece el aplauso que el público le niega, para prodigarlo a otros menos dignos que él de recibirlos.»

La más reciente adaptación de Clara Beranger para el director William de Mille es la de la novela de Julia Street, intitulada *Rita Conventry*, la cual será presentada en breve al público bajo el nombre de *No lo llaméis amor*.

A. del Olivo

La Virgen de California

La novela de una estrella del cinematógrafo

por

J. CALVO ALFARO

(Continuación)

Ante Norah se levantaba el telón de la moderna farsa e iban a parecer los arlequines, vestidos en los más pintorescos trajes.

El despacho privado de Freedman era reducido: una habitación no muy amplia, una mesa americana, una máquina de escribir y algunas fotografías de artistas célebres.

Mientras examinaba Norah las fotografías de la habitación y las insinuantes dedicatorias escritas en ellas, oyó un murmullo de voces femeninas y la de Freedman sobresaliendo entre todas. Después una carcajada metálica, incisiva. Se acercaron las voces y se abrió la puerta del despacho de Freedman.

Entró éste. Detrás de él apareció una dama rubia; su cabello era de ese rubio tirando a rojizo, resultado, generalmente, de un pelo castaño teñido de rubio. Era esbelta. Su traje muy poco «cargado de ropa», dejaba admirar a los ojos indiscretos que quisieran fijarse, un cuerpo lindamente torneado. Era bella, pero con esa hermosura de cabaret; las ojos encerrados en prisiones de carbón y la boca hecha una pomada de carmín. Se llamaba Else Wassermann y era la estrella principal de las comedias alegres de Freedman.

—¡Adiós!—le dijo desde la puerta, con la familiaridad de quienes han convivido largo tiempo.

Asomó la cabeza antes de marchar y sus ojos verdes, decorativamente pintados, fijáronse en Norah.

—Es un nuevo número para nuestros cuadros—la insinuó en voz baja Freedman.

Un instante, los ojos verdes, extraños, de mirar noctambúlico y brillante, volvieron a fijarse en Norah.

—No está mal—repuso despectiva.

Norah oyó «la lisonja» y la agradeció con una irónica inclinación de cabeza.

Freedman sonrió con picardía. Se hallaba muy acostumbrado a aquellas rivalidades de los estudios, y desde el primer momento que fijó sus pupilas hábiles en Norah Natkiewicz y conoció su nacionalidad y estudió superficialmente su carácter, comprendió que podía ser un excelente número para sus cuadros alegres.

Freedman era el prototipo de los directores de escena voluntariosos. Convencido se hallaba de su propia valía y mérito y tenía la idea preconcebida de que debía su suerte a lo que llamaban algunos sus genialidades y otros sus despotismos.

Freedman, el director de comedias alegres más célebre del mundo, era galante con las actrices de su compañía, pero a la hora del descanso, en los momentos transcurridos fuera de los estudios. En los estudios era un tirano; su voluntad se imponía sin apelación, y una orden suya, cuando era dada en cierto tono que todos conocían, era un ultimátum. Las personas que estaban a su alrededor sabían que tenían que tomarlo como era o dejarlo, y por eso los que aceptaban su dirección, la hacían con todas sus consecuencias...

La oportunidad es una de las palancas más útiles para la victoria. Y Norah Natkiewicz había llegado con oportunidad a los estudios de la «Norma».

Las últimas comedias de Freedman habían entrado en franca decadencia y casi no habían gustado.

Acostumbraba Freedman a gastar dinero sin tasa para la soberbia presentación de sus comedias, y en sus últimas producciones había un desnivel evidente entre los gastos hechos y el éxito obtenido.

Los rumores y las críticas se cebaron en Freedman y éste se revolvió indignado, asegurando que o se renovaba todo su personal o abandonaba a la empresa editora.

Podía cumplir lo último el envidiable director de comedias alegres. Haciendo reír a ambos mundos había ganado una fortuna.

Pero era para Freedman una cuestión de honor el reivindicar su prestigio, y para conseguirlo había saneado los elementos de su compañía.

Con inexorabilidad de déspota despidió a las tres cuartas partes del personal, dejando exclusivamente lo más selecto. Por su gusto y voluntad se hubiera deshecho de todo lo viejo y hubiera rehecho su compañía, desde el más modesto puesto hasta las altas categorías, y acaso, acaso, sus tijeras inexorables hubieran podado más aún y hubiesen cortado las alas a algún prestigio.

Freedman comenzó, después, un trabajo de busca por Nueva York y por Hollywood. La ciudad cinematográfica era un mundo viviente de artistas. Acudían a Hollywood de todos los ámbitos del globo, como peregrinos hacia una Meca soñada y ambicionada.

Pero Freedman no puso sus ojos en Hollywood; quería renovar su compañía con figuras y ambiente y tonalidades completamente nuevos.

Si le hubiera sido posible, hubiera arrancado sus estudios de Hollywood y los hubiera llevado a cualquier otro rincón del mundo. Conocía bien al público y sabía que precisaba para muy pronto un cambio en los ambientes cinematográficos.

Precisamente por esta misma razón pensó en buscar el nuevo personal artístico para sus películas en todas partes, y a ser factible, prescindir de Hollywood, donde abundaba el mercantilismo y donde casi se hacían imposibles ciertas espontaneidades artísticas.

Por eso la aparición de Norah Natkiewicz en aquellos instantes le fué simpática a Freedman. Su silueta y ascendencia exótica le encantaban. El hecho de ser rusa era ya un dato sugestivo; lo ruso estaba de moda en todo el mundo; la coincidencia de ser bailarina de cierto nombre en Londres, fué también un dato precioso. Además, era bella; no una belleza vulgar, sino de esas hermosuras que exige la actriz cinematográfica. Lo único que faltaba, lo único que no sabía si había hallado, era la actriz.

Freedman estuvo muy cariñoso con Norah en aquella primera entrevista. En su trato con ella se dejaba entrever cierta inclinación y consideración en desequilibrio con la humilde categoría del puesto con que había entrado la joven en la «Norma».

Freedman la demostró su satisfacción por verla entrar a formar parte de su cuadro artístico. Juntos salieron de la habitación y juntos penetraron en uno de los amplios escenarios. En aquellos instantes estaban haciendo un ensayo.

Era una película alegre, una parte de la cual acontecía en la playa; intervenía un ejército de jóvenes en trajes de baño; un mono, un perro policía, dos policías humanos... y la heroína y los dos héroes.

En el escenario, tendidas unas sobre alfombras, otras recogidas como gatitas sedosas y felinas en divanes, aparecían, en sus ligeros trajes, las actrices de Freedman. La nota rosa o morena sobresaltaba pintorescamente sobre los tapices y los terciopelos.

El escenario tenía una cierta inarmonía de cubismo. Las cosas, los lienzos, los trajes y los colores esparcidos en cada rincón hacían surgir a la imaginación las cosas más remotamente opuestas.

Norah, a pesar de hallarse habituada a la vida y a los ligeros trajes de los ballets de Ponisowsky, no pudo reprimir un gesto de pudor.

Las actrices, risa en los labios y alegría en los ojos, la miraron con curiosidad, al verla llegar acompañada de Freedman, ahora jovial. Las había rubias, de cabello encendido como la mies y rójizo como el cobre, y amarillo brillante como el oro; las había trigueñas, con el encanto de las semi rubias, de las semi morenas...; las había de pelo de ébano, de ojos nocturnos y penetrantes. Las había de cuerpo frágil, rosa y nácar o amplio y macizo como los sueños de Rubens; las había morenas de palidez mate, menudas como arrancadas de un tríptico de Romero de Torres;

las había proporcionadas en el ritmo de lo mediano, en la medida de la equidistancia; pupilas de todos colores; colores de todos los matices; matices de todos los ritmos.

Freedman contemplaba su obra; todas eran nuevas en sus estudios, producto de su renovación; su retina poseedora del secreto de la armonía llena de colores, en el hilo maravilloso que se proyecta, como una fantasía de Aladino, en el lienzo del misterio, se recreaba en aquel instante mirando la briosa perspectiva del conjunto, adivinando la fuerza con que sobresalía Norah Natkiewicz en la policromada Babel de su paleta...

—Este es mi palacio—dijo Freedman a la joven.—No tan amplio como el de Los Angeles, pero lo bastante para que nos podamos mover cómodamente.

Freedman quedó un momento pensativo, como si dudara de expresar una idea. Luego dijo a Norah:

—¿Tiene la bondad de venir conmigo y la daré algunas explicaciones que creo necesarias? Tengo prisa en comenzar mi labor para la próxima temporada.

Y juntos se dirigieron a uno de los ángulos del amplísimo escenario. Norah, desde allí podía abarcar la perspectiva completa.

En el escenario aparecían, como en una casa de muñecas, distintas habitaciones simuladas. Lienzos y muebles hábilmente calculados daban sensaciones perfectas de grandes y lujosos salones; calles; terraza; instalaciones veraniegas; cocinas; tiendas; almacenes... Todo en una extraña mezcla de planos y perspectivas desconcertantes. Parecía imposible que de todos aquellos elementos incompletos, dispersos, antagónicos, pudiera salir la unidad cordial de una fábula.

Freedman, sin abandonar la jovialidad de sus labios, dijo a Norah:

—Esta es mi paleta; cada uno de estos elementos es un color; el menor detalle es un matiz y la apariencia más insignificante, producto de un cálculo. El cinematógrafo es el arte de la atención; cualquier descuido puede representar un gran fracaso.

Freedman hizo una pausa para continuar en seguida:

—La voy a hablar a usted con la misma sinceridad con que hablé al resto de mis compañeros. Una película cinematográfica es la obra de una comunidad de sentimientos y de intenciones; desde el más modesto papel de un argumento hasta el personaje más importante, todos tienen el deber de la solidaridad artística. La mayor parte de lo que ve aquí reunido es nuevo; es decir, renovado. He seleccionado, a mi gusto, los elementos que han de formar mi nueva compañía; debo sorprender al público con sensaciones distintas. Hoy, en mis estudios, no hay clasificación del personal. Todo tiene un carácter cósmico y primitivo.

En un mes de este régimen Renée se había transformado, en lo que a su físico se refiere, cuando menos. Su constitución fuerte habíase reanimado al influjo de los aires del país natal. Su cara resplandecía de frescura, y sus formas, llenas y redondas, indicaban la salud. La distracción forzada combatía su neurastenia. Cada día volvía un poco más a la vida y recobraba, junto a sus amigos, todos sus ánimos de antaño.

Tan sólo cuando el joven probaba de adoptar, vis a vis con ella, otra actitud que la de un buen camarada, sus facciones cambiaban súbitamente y le obligaba a volver al terreno amistoso que autorizaban sus antiguas relaciones.

El joven perdía el tiempo con sus sentimentalismos.

Dando cuenta a su madre del estado de su asunto, le decía muchas veces:

—No adelantamos camino, querida madre. Cada vez que conduzco la conversación hacia el tema del casamiento o de amoríos, ella se reconcentra. Siento que algo se interpone entre nosotros. En suma: en un mes no he adelantado nada. Somos amigos nada más...

A pesar de las apariencias, en efecto, Renée conservaba intacto, en el fondo de su corazón, el recuerdo de su amor.

A menudo, por la noche, al regreso de sus alegres excursiones, se encerraba en su cuarto para llorar largamente, repitiendo con acento de dolor infinito:

—¡Gerardo! ¡Mi Gerardo! ¿Dónde estás?

La ruptura había sido tan absoluta que ignoraba el rincón de la tierra en que se hallaba.

Una noche de mediados de septiembre, la señorita Marty, besando a Renée, a la que acababa de acompañar, le dijo:

—¡Querida mía, estoy desconsolada! Debemos

partir la próxima semana. Papá quiere estar de regreso a la apertura de las Cámaras. Será preciso separarnos, pero espero que no será por mucho tiempo. Volverá usted pronto a París, ¿verdad?

Renée experimentó un ligero estremecimiento al pensar en París, al que debería volver.

—Sí, sin duda, a últimos de mes—respondió.

—Mamá quiere despedirse de usted. Me ha encargado que le anuncie que vendrá el lunes de la semana próxima. Partiremos el día siguiente. Será nuestra última entrevista antes de que nos encontremos de nuevo en París...

Elena tenía un aire singular al besar a su amiga con ternura inusitada.

Pedro la saludó, estrechando su mano unos segundos más de lo acostumbrado.

Luego, hermano y hermana subieron a su vehículo, Renée entró en la casa, pensativa y preocupada.

La visita de la señora Marty antes de su separación era hartamente significativa. Pensando en la fortuna que iba a escapársele de las manos, Renée sonrió desdeñosamente. Comprendía que iba a ser llamada a rehusar el honor de entrar en la familia del notario y sabía de antemano que su decisión causaría una cruel decepción a Celeste.

Era propio de la naturaleza de nuestra heroína amar las situaciones despejadas.

Pensó que era mejor destruir la ilusión que abrigaba la buena mujer al objeto de que no hubiese ni sombra de equívoco en su respuesta a los Marty.

Renée siguió hasta el patio a Celeste y a su hermana y se sentó, junto a ellas, en el banco de piedra. Enojada por tener que entablar el delicado tema de la conversación, Renée permanecía pensativa. Celeste la miraba con el rabo del ojo, brillándole sus ojos de satisfacción.

—Pareces otra, mi *Renettou*—dijo.—Estos paseos

en coche te sientan a maravilla. ¡*Pecaire!* Habrá que dar las gracias a tus amigos antes de que se vayan.

—Esto acabó ya—dijo Renée.—Hoy hemos hecho el último.

—¿Qué quieres decir, *pitchonnello?*

—Los Marty regresan a París dentro de ocho días. Vendrán en familia a darnos el adiós el lunes próximo.

—¿En familia? ¿Toda la familia? ¡Repítelo, *Renettou!* ¡Vaya un honor! Habrá que preparar una buena merienda. Afortunadamente hay uva abundante y la leche no escasea. *Catinou*: tú prepararás una buena torta, con mucha angélica y limón. Creo que les gustará.

Celeste hizo una pausa. Luego, observando el aire singular de su «hija», le preguntó, para aclarar la situación:

—*Renettou*: ¿sabes qué pienso de esta visita?

—¿Qué?

—Que se parece mucho a una demanda de casamiento. ¿Qué dices a ello, mi *poulido?*

—Es lo mismo que pienso yo—repuso serenamente Renée,—y con respecto a ello creo conveniente que hablemos. Creo que, ante los Marty, será más honrado no dejarles forjar ilusiones por más tiempo con respecto a mis intenciones.

Celeste habla palidecido y no respiraba apenas, esperando lo que iba a decir Renée.

—¿Qué quieres decir con ello?—dijo.—Habla, vamos, no me hagas impacientar. ¡Tus intenciones! ¡Tus intenciones!... ¿Qué quieres decir con ello? Habla y dí las cosas en forma que yo las comprenda. Ya sabes que para mí sólo hay el sí y el no.

Renée, asimismo muy pálida, miró a Celeste cara a cara y dijo, con tono respetuoso a la par que resuelto:

va, el tinte más rosado y un apetito que llenó de alegría a Celeste y a su hermana.

La señora Marty había logrado de ella, sin gran dificultad, la promesa de que renovarían la escapatoria un día próximo.

No obstante, el jueves siguiente Renée frunció el entrecejo al ver a Pedro sentado en el ligero coche-cito al lado de su hermana.

—Perdónele, Renée—gritó la joven desde la carretera.—Este Pedro no sabía qué hacer. Temía molestarla. He tenido que llevármelo casi a la fuerza. Siéntese a mi lado, Renée. El tomará asiento en la trasera.

Renée dudaba aún.

Sus ojos encontraron la mirada suplicante de Celeste, la que le dijo a media voz:

—Ve, pues, *pitchouno*... Esto te hará bien.

Sin responder palabra montó en el vehículo, aparentando no ver la mano que le ofrecía el joven.

Celeste permaneció en el dintel de la puerta, y con los ojos brillantes de orgullo y de placer siguió largo tiempo el elegante equipo que se llevaba su última esperanza.

Estos paseos se renovaron con frecuencia.

El pequeño ponéy, infatigable, escalaba las cuevas que serpenteaban alrededor de los montes rocosos, y subía, sin cansarse, por los caminos bordeados de hayas silvestres, por detrás de las cuales las pequeñas vacas del país, finas y nerviosas, contemplaban su paso. Otras veces descendían, a pico, un estrecho camino rocoso, antiguo torrente secado que conducía al Aveyron y el charret danzaba, dando saltos de piedra en piedra, hasta que llegados a un claro, en medio de los castaños, altos como catedrales, los jóvenes descendían y daban cuenta, sobre la verde hierba, de las provisiones de las que la señora Marty había atiborrado el vehículo.

NOVELA POPULAR CINEMATOGRAFICA

publica cada semana, en forma de novela, el argumento de una de las mejores películas de los mejores protagonistas.

Títulos de los números publicados

1. Robín de los bosques.—2. El sello de Cardiff.—3. La agonía de las águilas.—4. La casa del misterio.—5. Día de paga.—6. Una carrera en Kentucky.—7. El flirt.—8. Chiquilín y Chiquilín hospiciano.—9. Theodora.—10. ¡Qué tontos son los maridos!—11. Señal de amor.—12. Distracción de millonario.—13. La Duquesa Misterio.—14. Las apariencias engañan.—15. El triunfo de la vía férrea.—16. El excéntrico.—17. Amor de antaño.—18. Cobarde en apariencia.—19. El sello del silencio.—20. S. M. el Americano.—21. La voluntad de un hombre.—22. Besada.—23. Parodia de «Los tres mosqueteros».—24. Retribución.—25. Matrimonio accidentado.—26. Abnegación de madre.—27. Hora terrible.—28. El desquite de Garrison.—29. El juramento.—30. La Bohème.—31. El gatito montés.—32. Bajo la nieve.—33. Como un cuento de hadas.—34. Vidocq.—35. Las dos huérfanas.—36. Tess, en el país de las tempestades.—37. Violetas imperiales.—38. La seducción de Afrodita.—39. Las dos tormentas.—40. Los amores de un príncipe.—41. Los dos sargentos franceses.—42. La eterna llama.—43. A galope tendido.—44. La muchacha que yo amaba.—45. Un frac para dos.—46. Salomé.—47. El viejo nido.—48. Una noche misteriosa.—49. Chiquilín, artista de circo.—50. Susana.—51. La razón de vivir.—52. ¡Terror!—53. La rosa de Flandes.—54. La diosa verde.—55. El rey del radio.—56. Cazando el amor.—57. Entre naranjos.—58. De mala suerte.—59. El triunfo del amor.—60. La tres ilusiones.—61. Con la corriente.—62. La dama del baño perfumado.—63. Venganza japonesa.—64. Casi una señora.—65. Si llega el invierno.—66. Precocidad infantil.—67. Oropel.—68. Amor al rojo.—69. El niño mimado.—70. Mano de Hierro.—71. El vencedor.—72. ¿Por qué cambiar de marido?—73. Una esposa leal.—74. En el palacio del rey.—75. El telegrafista del pueblo.—76. El árbitro.—77. Tres solterones discretos.—78. Vida de casados.—79. Peligro a la vista.—80. Tontos y riquezas.

Precio de cada ejemplar, 25 céntos.

Se sirven números sueltos o colecciones enteras, previo recibo de su importe.

Precio: 25 cts.
con una bonita postal - regalo

Cómprala usted
todas las semanas